

Carta encontrada en un libro de O'Neill

Aunque no soy hombre de letras, me considero una persona culta. Esto significa que dedico gran parte de mi tiempo libre a la lectura y que trato de escaparle a la televisión y a la estupidez. En mi afán por equilibrar con las humanidades mi dedicación a los estudios de mercado, persigo las obras que han vencido la prueba del tiempo. Pero como por ahora soy apenas un empleado, mis recursos económicos no son excesivos, así que siempre compro libros de segunda mano. De hecho, casi todos los sábados dedico un par de horas de la mañana a hurgar en una librería de lance integrada por volúmenes donados para beneficio del asilo de ancianos de la comunidad de habla inglesa en Buenos Aires. Son casi todos textos en inglés. Gracias a este servicio edificado sobre bibliotecas de muertos y a la generosidad o displicencia de insensibles herederos, accedí a los autores que me depa- raron numerosas horas de placer y que, en gran medida, son responsables de mi actual visión del mundo: Dickens, Stevenson, las Brontë, Wilde, Maugham, Scott Fitzgerald, O'Hara, Woolrich, Joyce, Beckett, Berkeley, entre otros. Pero la adquisición de un volumen no es tarea fácil puesto que un libro revelador es una rareza, por lo que se necesita no poca sagacidad para encontrar algo verdaderamente valioso en medio de tanta flatulencia verbal.

Un artículo aparte merecerían las muchas anotaciones, glosas y comentarios de muertos con los que, inevitablemente, debo toparme en mi condición de lector de libros usados. En verdad, esas graffas no requeridas, esos agregados tendientes a encontrarle sentido a la existencia me conmueven grandemente, sobre todo porque pienso que, como esos pacientes exploradores, también yo me iré tan

ignorante como vine.

Pero mi propósito ahora es difundir un hallazgo que acaso interese a los críticos, a los teóricos de la literatura o quizá a alguno de los muchos admiradores de Eugene O'Neill, Premio Nobel de Literatura en 1936. Me refiero a cierta carta que jamás pasó por la oficina postal; en rigor, el texto trunco que encontré en un ejemplar de la pieza del dramaturgo norteamericano titulada *The Iceman Cometh*, el que adquirí en la mencionada librería.

The Iceman Cometh se estrenó en 1946, la carta está fechada en 1948 y la edición del libro que tengo es de 1947.

Para entender las líneas que traduciré literalmente del inglés resulta imprescindible contar con cierta información biográfica relativa al escritor, y conocer, además, el argumento general de la obra.

En cuanto a lo primero, a ningún biógrafo se le escaparon los tres meses de 1910 en que O'Neill vagabundó por bares y prostíbulos porteños en busca de sí mismo. Para que el derrumbe no fuera total se empleó, ocasionalmente, en diversas compañías como ser el Frigorífico Swift de La Plata. No mucho después, ya en su patria, la tuberculosis lo encarriló a su destino doblemente dramático.

Respecto del libreto, el mismo se refiere a un grupo de frequentadores de una taberna de baja estofa. Allí, mientras se espera a la helada muerte, el alcohol alimenta la ilusión de sueños irrealizables. Hay un viajante que todos los años llega para saludar al dueño en el día de su cumpleaños. ¡Este individuo se llama Hickey y Patrick Hickey es el nombre que, con tinta verde, aparece en la portadilla del ejemplar de *The Iceman Cometh* que poseo! El personaje trata de convencer a sus interlocutores para que abandonen el alcohol



y enfrenten la vida. La del hombre parece la voz de la salvación, pero en el origen de su reforma personal hay un crimen: Hickey ha matado a su esposa.

En la contratapa de mi copia se lee que la filosofía de la obra es pesimista y que sugiere que los sueños y la embriaguez pueden ser más sanos y vitales que la soberbia moral, aunque en la pieza aquéllos no son idealizados.

¿Por qué Patrick Hickey interrumpió su carta? Enigma. ¿Qué lo llevó a conservar el texto inconcluso? Misterio.

Va el documento. Ojalá que los que saben de literatura puedan ver detrás de las palabras.

Buenos Aires, 25 de agosto de 1948

Señor
E. G. O'Neill
Theatre Guild
Nueva York

Estimado Gene,

Te sorprenderás de recibir esta carta. Estuve por escribirte en 1936, cuando lo del Nobel. Me pareció que no sería el único de la idea y desistí.

Pero hace un tiempo una de mis hijas me dio una pieza tuya titulada *The Iceman Cometh...* y creo que no debo explicar mucho más.

Nos conocimos en la Compañía Swift de La Plata, en la que permaneciste por muy poco tiempo. Yo, en cambio, hice carrera. Llevé una

vida digna, fundé un hogar, traté de ser una buena persona. Llegué a ser un alto ejecutivo, me labré una sólida posición y mi vida ha sido, en general, irreprochable. Ahora me dedico a escribir cartas...

Volví a escuchar de ti a partir del premio literario. Supe así que continuaste con esa conducta... ¿Cómo definirla? No me olvido de que te refas de mí cuando te incitaba a dejar el alcohol y la mala vida. Me llamabas "El Pastor". Me pregunto por qué no elegiste ese nombre para tu personaje en vez de usar mi verdadero apellido. No estoy enojado. He leído con suma atención tu obra *The Iceman Cometh* y no sé hasta qué punto la he comprendido. Las palabras de Hickey me pertenecen y te lo digo: me enorgullezco de él y no entiendo por qué torciste su destino adjudicándole un crimen que no guarda relación con su accionar y su hombría de bien.

Ahora que lo pienso, el verdadero motivo de esta carta es

A mitad de la página se interrumpe el discurso, por lo que no cabe la posibilidad de una hoja faltante. El señor Hickey, simplemente, abandonó el propósito de escribirle a Eugene O'Neill.

Hay algo más. Una corazonada me movió a localizar al señor Patrick Hickey, a quien imaginé octogenario. En el momento en que inicié la pesquisa, hacía tres años que estaba bajo tierra. No mucho antes había purgado con la cárcel el asesinato de su mujer. Un pariente que se autocalificó de "lejano" me contó que, al final, el impecable señor Hickey había asistido a los sucesivos "fracasos" de sus hijos: estudios abandonados, cierto matrimonio desgraciado, un exilio sin retorno. Después vinieron la depresión y un día el crimen que nadie comprendió ni el asesino pudo explicar.

Para mí esta coincidencia ilustra acerca de las posibilidades del arte. Y aunque estudio organización de empresas, estoy con O'Neill en el sentido de que la literatura, la filosofía y la religión están muy cerca.

"Vate" fue la palabra que los antiguos eligieron para designar a los poetas: O'Neill vaticinó lo que el ejecutivo, nublado por lo inmediato, nunca estuvo en condiciones de entrever.